Cien Años de Novela Mexicana *

DEBIDO quizás a la escasa densidad del ambiente intelectual de los países iberoamericanos y al confusionismo que en ellos priva, no es raro encontrar personalidades que cultiven varios géneros a la vez y hasta las hay que se prodigan en tres y aun en cuatro campos diversos. El tránsito de la poesía, con la cual se inician casi todos nuestros escritores, a la crítica y al ensayo en su característica fluidez contemporánea, parece ser relativamente fácil y, por ende, muy común. Abundan también los que, además de las tres variantes aludidas, invaden el predio de la literatura dramática o hacen incursiones en el de la novela, y no se diga el periodismo.

Sin embargo, esta multiplicidad de actividades de la mayoría de nuestros hombres de letras se debe, no tanto a la diversidad de aptitudes genuinas como a indigencia económica y al reducido número de lectores que obligan al escritor a dispersar sus energías creadoras en varias formas de expresión artística. Secuela inevitable de esta lamentable dispersión es el hecho de que los creadores que en ella caen sólo por excepción logran dominar la técnica de alguno de los géneros cultivados. En los centros de cultura intensa este desperdigamiento o fraccionamiento de actividades literarias es mucho menos frecuente, porque el quehacer artístico o intelectual está especializado — igual que el fabril o manual. Lejos, pues, de envanecernos de este pluralismo de dudoso éxito debiéramos lamentarlo y procurarle coto y remedio.

El doctor Mariano Azuela, como Rómulo Gallegos, Benito Lynch y Carlos Reyles, por vía de ejemplos similares, se ha limitado casi exclusivamente al cultivo de la novela. El libro que aquí

* Por el doctor Mariano Azuela. México, Ediciones Botas, 1947. 226 pp.

acotamos no es propiamente una excepción, puesto que, como luego veremos, no fué concebido como obra de crítica ni aspira al rango de tal. Mas si ni por la intención que dictó estas páginas ni por el resultado debe considerarse al autor como crítico, no puede negársele tampoco agudeza para percibir los valores auténticos y señalar los graves defectos en que cayeron sus congéneres del siglo pasado.

Esta tentativa del doctor Azuela de estudiar el desarrollo del género literario que él mismo ha enriquecido acaso más que nadie en México, tiene en aquél país dos antecedentes ilustres en lo que de siglo llevamos andado, amén de otros muchos de menor alcurnia. Refiérome a Federico Gamboa y a Enrique González Martínez que en sendos estudios nos dieron el panorama de la novela y la lírica mexicanas, respectivamente. En *La novela mexicana* (1914), don Federico ofreció una síntesis histórico-crítica de la evolución del género hasta las postrimerías del siglo diecinueve. Por su parte, en *Algunos aspectos de la lírica mexicana* (1932) (discurso de entrada en la Academia Mexicana de la Lengua), González Martínez compuso un certero índice de la poesía. En él se reveló como fino crítico y buen conocedor del parnaso vernacular. A semejanza de estos dos precedentes, el libro del doctor Azuela tuvo también su origen en una serie de conferencias que dictó en El Colegio Nacional, en 1943 y 1947.

Ya por el título se colije que la centuria a que alude es la comprendida entre los años 1816 y 1916, las dos fechas decisivas en el curso de la novelística mexicana. La primera señala la publicación del *Periquillo Sarniento*, de Fernández de Lizardi, que le marcó rumbo al género hasta 1916. En este último año apareció la primera edición en forma de libro de *Los de abajo*, del propio doctor Azuela, que a su vez, rompe con la orientación costumbrista y la proclividad moralizante que Lizardi le impuso a la novela mexicana del decimonono y le imprime nuevos derroteros lo mismo en cuanto a tema que en lo que a técnica y forma respecta.

Necesario es aclarar que el doctor Azuela no alude a *Los de abajo* en ninguna de estas semblanzas ni mucho menos al año 1916. La demarcación centenaria por los dos años que he señalado es una circunstancia histórica inmodificable porque a un siglo exacto de distancia se publicaron las dos novelas más importantes de México y las que más hondamente han influído en el desarrollo de esta particu-

lar modalidad narrativa. Ya está fuera de discusión y de toda duda el hecho de que la aparición de *Los de abajo* en 1916 constituye un hito fundamental en el desenvolvimiento de la novela mexicana. Marca el fin de una época y el definitivo abandono de una técnica y una peculiarísima manera de concebir la realidad nacional y el arte de novelarla y, a la vez, determina el punto de partida de una modalidad inédita, de un *métier* originalísimo y novedoso que nada tiene que ver con las formas anteriores, cualesquiera que sean los méritos o defectos de lo que se ha dado en llamar "novela de la Revolución".

Doce son las figuras que en otros tantos capítulos o conferencias analiza el doctor Azuela en este libro: J. J. Fernández de Lizardi, Luis G. Inclán, Manuel Payno, José Tomás de Cuéllar, Vicente Riva Palacio, Ignacio M. Altamirano, Rafael Delgado, José López Portillo y Rojas, Emilio Rabasa, Manuel H. San Juan, Federico Gamboa y Heriberto Frías. Al estudio de estas figuras preceden tres interesantes notas tituladas "Preliminar", "¿Hay una novela mexicana?" y "Antecedentes de la novela mexicana". La primera de estas notas es de especial interés porque en ella aclara el doctor Azuela su método crítico y el punto de vista desde el cual enfoca los temas.

Hemos dicho "método crítico" y la expresión es inadecuada porque el autor no asume actitudes de crítico ni aspira a que el lector le considere como tal. Esto no quiere decir que del libro estén ausentes el análisis y el juicio de los libros y autores en él tratados. Al contrario. Si el análisis es por lo general parco y rápido, los juicios se prodigan con una franqueza que sorprenderá a quien no conozca la honradez y la espontaneidad del autor.

Al enjuiciar las doce figuras en el libro incluídas, el doctor Azuela prescinde de toda *pose* crítica y se coloca frente al autor y su obra como un simple lector de novelas que en ellas busca un agradable pasatiempo. Si el libro logra interesarlo y distraerlo hasta el final, el autor ha llenado su misión aunque esté horro de galanuras de estilo. De esta actitud tanto como de su honrada franqueza que tanto disuena en el insincero mundillo literario, son elocuente ejemplo los siguientes párrafos del prefacio:

"Advierto —y lo repetiré cuantas veces lo crea necesario— que este trabajo nada tiene de didáctico, por más que así lo parez-

ca, debido a cierto tonillo enfático y hasta pedante a veces, que no le pude quitar. Clasifíquese como se quiera, no es en realidad más que la expresión fiel de mi pensamiento, de mis aficiones y de mis gustos personales. No habría trazado una sola de estas líneas si se me hubiera puesto en el caso de hacer crítica literaria. Sainte-Beuve, el escritor más eminente que he leído en este género, afirma que el que no hace coincidir sus juicios con la opinión del público para quien escribe no merece el nombre de crítico. Con frecuencia alarmante disiento de los juicios consagrados. Motivo por el cual sólo por excepción recomiendo el libro o la obra de arte que me agradan.

"Me coloco en el plano del lector ordinario que lee y da la impresión de lo que lee, despreocupadamente y sin cuidarse de pareceres ajenos.

"Como lector tengo la manga muy ancha: dos veces he leído la obra completa de Marcel Proust y hace treinta años no puedo acabar el *Ulyses* de James Joyce. En cambio no cuento las veces que leí *Gil Blas de Santillana* y *Los tres mosqueteros*."

En el resto del libro se reitera esta actitud con una frecuencia acaso innecesaria.

Dadas la honradez esencial, la sinceridad y la cruda franqueza que caracterizan al hombre cabal que es el doctor Mariano Azuela, no pueden sorprendernos los juicios tajantes que a veces emite sobre la mayoría de los novelistas estudiados. El autor prescinde de las valoraciones previas que de estos libros habían hecho los profesionales de la crítica literaria y los historiadores, las cuales ni respeta ni tiene en cuenta. Al enfocarlos lo hace virgen de prejuicios y de opiniones preconcebidas para ofrecernos su reacción paladinamente como simple lector. Y en esta actitud desprevenida e ingenua, fresca y veraz, de lector que expresa libremente su parecer, sin atenuaciones ni concesiones al criterio ajeno, consiste precisamente el mérito principal de este libro. A muchos lectores, tanto nacionales como extranjeros, los juicios del doctor Azuela les parecerán iconoclastas y subjetivos en exceso. Otros, quizás, calificarán de arbitrarios y hasta polémicos su postura y el lenguaje que emplea, debido a la sinceridad y franqueza con que se expresa.

El Azuela crítico —como el novelista— exige del autor honradez y lógica, sentido de la realidad, retrato fiel del ambiente mexicano y de la vida conforme se manifiesta en el campo y en la ciudad. De ahí que rechace enérgicamente el *pastiche* y el clisé literarios, lo mismo que esa híbrida mezcolanza de procedimientos y escuelas

que se observa en algunos escritores de la generación anterior a la suya, tales como López Portillo y Rojas, Rafael Delgado y Federico Gamboa. Por eso no debe extrañarnos su preferencia por dos novelas mexicanas escasamente leídas y peyorativamente olvidadas por los críticos profesionales: *Astucia* de Luis G. Inclán y *Tomochic* de Heriberto Frías. Ambas son obras escritas sin técnica ni pulimento literario, pero en ellas la realidad social y el paisaje están captados con un verismo sorprendente y desmañada elocuencia.

Prueba de la sagacidad crítica del doctor Azuela y de su perspicacia para percibir los valores auténticos es, en parte, el capítulo que le dedica a Emilio Rabasa, autor relegado a un segundo o tercer plano por los profesionales de la crítica en México y apenas conocido del público lector hoy. En Rabasa había madera de novelista genuino y para el cultivo de este género estaba mucho más generosamente dotado que no pocos de sus congéneres que gozan de gran popularidad y de mucho predicamento entre los críticos. La agudeza con que supo observar —y retratar— el ambiente en los inicios de la era porfiriana, su capacidad de ironía y de humor de buena ley, su sátira regocijada —en los primeros tres tomitos de su única novela— sin dar jamás en el sermón, lo acreditan como narrador nato. El supo esquivar —en los tres primeros tomos y mientras no se le agotó el tema— los dos escollos en que naufragaron casi todos los novelistas mexicanos anteriores a Azuela: la pedestre moralización y el costumbrismo ramplón que Lizardi les impuso. Rabasa es casi el único novelista mexicano del siglo XIX que sabe reír —sonreír, mejor— y prodiga el humor generosamente. Si se tiene en cuenta que escribió esta obra cuando apenas rebasaba los años juveniles, y que la concibió y compuso como un simple pasatiempo y hasta un poco vergonzantemente, al margen de tareas que él estimaba más dignas y serias, al extremo de que ni siquiera se dignó prohiarla con su nombre sino con el pseudónimo de “Sancho Polo”, podremos comprender que no hay hipérbole en lo antedicho. Cuando Rabasa renunció a seguir cultivando la novela, México perdió en él al creador mejor dotado que entonces poseía. De haber continuado escribiendo novelas probablemente habría superado a Portillo y Rojas, a Gamboa y a Delgado.

Al analizar la copiosa labor de José Tomás de Cuéllar (“Facundo”), novelista tan fecundo como pedestre, pero todavía so-

brestimado por los historiadores literarios, el doctor Azuela emite el siguiente juicio que a muchos parecerá hiperbólico, arbitrario y hasta antipatriótico. Por lo que al concepto contenido en la primera sentencia se refiere, estamos en absoluto acuerdo. Siempre hemos considerado a "Facundo" como uno de los novelistas más soporíferos de nuestras letras. Respecto a la última conclusión, diremos que "es la exageración de un hecho cierto":

"Con permiso de los sabios y de los eruditos, yo absuelvo con la mayor caridad a los que no hayan leído *La linterna mágica*. Sin intención de ofender a nadie, afirmo que exceptuando unas cuantas novelas mexicanas que se pueden contar con los dedos de una mano, nada se pierde con ignorar las demás."

En relación con "Facundo" también, el autor sienta un principio general aplicable a la novelística mexicana más que a la de ningún otro país hermano. Porque la proclividad moralizante es un común denominador del que prácticamente ningún autor se libra en México con antelación a 1916:

"El apostolado y la propaganda dañan a la novela. Paul Bourget y Emilio Zola perdieron toda su fuerza como novelistas en cuanto se presentaron como reformadores sociales. Por otra parte con esto, en muchas ocasiones, el novelista sólo confiesa inconscientemente su incapacidad creadora encubriéndose con trucos que sólo a los bobos engañan."

Necesario es añadir aquí que el propio doctor Azuela ha caído en esta tradición moralizante desde que apareció su novela *El camorrista* en 1937. Verdad que la suya no es la moral sacristanesca y ñoña que antes se estilaba. Su prédica revela un superior sentido ético y una clara conciencia de responsabilidad social. Mas en último análisis es una actitud ajena a la pura creación artística que le ha perjudicado.

El estilo del doctor Azuela no es atildado ni académico nunca, pero en éste su último libro el desaliño y la ausencia de galas retóricas son más aparentes que en su obra de creación. La llaneza campechana que priva en estas semblanzas se confunde con la despreocupación del lenguaje hablado. Quien alguna vez haya gozado el placer de la charla íntima con el autor notará fácilmente la iden-

tividad entre las formas vivas por él usadas y las que en estas páginas emplea. El hecho de haberlo concebido como una serie de charlas de popularización destinadas a un público iletrado, explica esta naturalidad sin aderezos ni retórica.

MANUEL PEDRO GONZÁLEZ,
University of California,
Los Angeles.